

## Gloria á María Inmaculada!

### EL LIRO ENTRE ESPINAS

Hermosas vírgenes, que corréis des-  
cubiertas por los amencs jardines del mun-  
do en busca de una azucena para adornar  
con ella vuestra pudorosa frente,  
mostráras he la flor por que  
vuestro enamorado pecho.  
¿Por qué no dais tregua á vues-  
tro ansioso desvarío? Habéis recorrido  
todos los valles que circuyen la en-  
carnada idea que os vió nacer; ha-  
béis aspirado el perfume susvísimo de  
las flores; que los matizan con rí-  
cos cambios; habéis preguntado al  
viajero dónde se oculta el dulce  
sabor de vuestros sencillos amores,  
¿por qué el lírio por que suspiráis no ha-  
béis podido calmar vuestras ansias.  
¿Dó vais ahora, hijas de Sión, suelta  
cabellera? —Vamos, decís, á los con-  
tos vecinos, por si está allí nuestra  
predilecta. Si no damos con ella,  
vivamos á los lejanos montes; y como  
la tierna corderita sigue á su dulce  
madre por los riscos y las quebradas,  
nosotras en pos de la que aman  
nuestros corazones: tal vez las tiernas  
cuchillas de su tallo no se avienen con  
los terrenos llanos, y si tan sólo con  
las altas cumbres y escarpados riscos;  
al ver la flor hermosísima que forma,  
desear de no conocerla, el encanto de  
nuestras almas, prefiere la soledad y el  
aire puro de las montañas al dulce y  
calmoso ambiente de las campiñas.  
—Pero ¿cómo volar hacia la flor que  
amó vuestros corazones, sin cono-  
cerla?  
—Es indecible su fragancia, y el nar-  
do y el cinamomo no pueden compararse  
con la suavidad de su perfume. ¿No  
has percibido, viajero? ¡Ah! déjanos,  
y volaremos á depositar el ósculo de  
amor y gratitud en los bellísimos pechos  
de la Azucena; déjanos... ó dinos  
bien si tú sabes dó mora nuestra  
amada. Si fuera en las hendidas de  
aquellas peñas inaccesibles, allá iría-  
mos; los vientos nos darían alas; y el  
perfumado ambiente con que suaviza  
nuestras angustias, sería bálamo pre-  
cioso que fortaleciera nuestros pechos  
y curaría nuestros pies, por más que  
se chorrean sangre...  
¡Ah! déjanos ó háblanos siquiera de  
la que nos tiene locas de amor. Pero  
¿cómo puedes mostrarnos la flor por  
que suspira nuestro enamorado pecho?  
—Vosotros os habéis embriagado  
con el suave perfume de la Azucena:  
habéis oído por ventura el eco dulcísimo  
que se exhala de su enamorado  
pecho?  
—Yo soy, dice, la flor del campo y el  
lírio de los valles. Así como está el  
lírio entre espinas, así yo entre mis  
amigas. Mis raicillas entre los montes  
santos y en la dulce Sión mi morada  
como en ciudad bendita, y entre la  
sombredumbre de los santos mi habita-  
ción perenne. Eché raíces en Jerusalén,  
y en ella mi poder y mi clemencia. En el  
fambito de sus plazas, cual bálamo  
amorcoso, difundí el olor de mis virtu-  
des, y cual mirra selecta la suavidad de  
mis perfumes.  
—Yo amo á los que me aman; y los  
que de madrugada dejan el dulce lecho  
para pensar en mí, hallarme han sin  
carse cuenta. Y los que me hallaren  
¡felices! hebrán hallado la vida y  
la salvación del Señor.  
—¡Oh! ¡calla, viajero, porque desfa-  
mos de amor! ¡Que el Señor te ben-  
diga, pues te ha traído á nuestro en-  
cuentro! Por si hemos dado con nuestra

amada. ¡Tan cerca está, y la buscába-  
mos tan lejos!  
¡Alegrémonos, hijas de Sión! ¡El Li-  
rio entre espinas está entre nosotros!  
II  
Dios es la suprema justicia, no me-  
nos que la infinita misericordia. Si el  
hombre rebelde á su divina voluntad,  
ingrato á sus favores, quiso oponer al  
Dios Hombre, humilde hasta la muerte  
de cruz; si al árbol de la ciencia que  
mata opuso el de la Sabiduría que vivi-  
fica; era también de justicia que á la  
mujer vanidosa y por la culpa contami-  
nada opusiera la Mujer echado de  
humildad y preservada de las asechan-  
zas del espíritu maligno.  
Y así puntualmente sucedió.  
El fruto de un árbol fué para la hu-  
manidad veneno funestísimo, que inocu-  
lándose por sus venas en la persona  
del primer hombre, le produjo eterna  
muerte; y el fruto de otro árbol ha sido  
para los míseros hijos de Adán antidó-  
to precioso, pues sirvióse de este  
árbol el Hombre-Dios para levantar de  
sus miserias á los infelices descendien-  
tes del primer padre; y quebrantar los  
lazos que los sujetaban á la muerte  
eterna dándoles eterna vida.  
Una mujer culpable, víctima de la  
astucia de Satán, brindó á la humani-  
dad letal ponzoña: ¿cómo no había de  
ser toda para y sin mancilla la Mujer  
que dió á la humanidad vivificante me-  
dicina?  
He aquí lo que dijo el Señor á la in-  
fame serpiente: «Enemistades impla-  
cables pondré entre tí y la Mujer, en-  
tre tu descendencia y su descendencia;  
ella quebrantaré tu cabeza (ó poder), y  
tú armarás asechanzas contra su cal-  
cañal.»  
Las enemistades habían de ser, pues,  
comunes entre Luzbel y sus ulteriores  
instrumentos, y la Mujer y su divino  
Hijo, y así como éste quebrantó por  
virtud propia el poder de la serpiente,  
quebrantó también María, bien que  
por los méritos previstos de Jesucris-  
to.  
Y esto desde el primer instante de  
su ser, ya que el poder de Satán, que  
había de quebrantar la Virgen sin man-  
cilla, se ejerce principal y radicalmente  
en el pecado de origen. Este pecado  
fué el que sembró sobre la tierra la  
pestifera semilla de los pecados actua-  
les; y todos los males que acibarán á  
la humanidad desde la primera caída,  
de él proceden: son como arroyos nau-  
seabundos que salen del Mar Muerto.  
¿Y cómo podría entenderse la victo-  
ria completa de María, cómo podría  
equipararse á la del Hijo de Dios y su-  
yo, en caso de que hubiese estado so-  
metida al ángel de las tinieblas por el  
pecado original en el primer instante  
de su existencia?  
Su concepción fué, de consiguiente,  
inmaculada: así lo han reconocido los  
siglos todos de la Iglesia; así lo pro-  
clamó, definiéndolo de fe, el sumo Pon-  
tífice Pío IX entre los fervientes entu-  
siasmos de todo el orbe católico, per-  
suadido de que Dios hubo de escogerse  
una madre toda pura, toda santa, toda  
perfecta y tan semejante á él como es  
posible lo sea una criatura; para que  
fuera digna de tan excepcional é incom-  
parable grandeza.  
No era, á la verdad, conforme con  
la divina sabiduría que la que venía á  
vencer hubiese sido vencida ni un mo-  
mento.  
No era justo que la predestinada á

ser Reina del universo por ser Madre  
de Dios, hubiese tenido que rendir, ni  
siquiera un instante, pleito homenaje  
al demonio; ni que la Reina de los án-  
geles hubiese de ser inferior á estos  
espíritus nobilísimos siendo concebida  
en pecado habiendo sido ellos criados  
en gracia santificante.  
III  
¡Salve, pues, oh Madre Inmaculada!  
¡Salve, Reina concebida sin mancha!  
¡Salve, Virgen purísima desde el pri-  
mer instante de tu ser! ¡Salve, segun-  
da Eva, que viniste á tomar el desquite  
de la victoria alcanzada por Lucifer so-  
bre la primera.  
Aquella se llamó Vida y nos trajo la  
muerte; pero tú, Madre dulcísima y  
Virgen candorósísima, te abrazaste con  
acerbísimos dolores á la muerte para  
darnos eterna vida. Aquella de un ár-  
bol sacó nuestra eterna perdición, y tú  
de otro árbol nos deparaste la salva-  
ción eterna.  
¡Oh dichosa caída, que nos valió una

imprimieran huella honda y altamente  
perturbadora en las mismas escuelas  
católicas, y el alto sentido político de  
las antiguas escuelas, había del todo  
desaparecido. De aquí que no son de  
extrañar todos los fracasos experimen-  
tados para lograr la verdadera restau-  
ración política.  
Para que se comprendan las vacila-  
ciones, alternativas, é inconsecuencias  
de la política legitimista francesa en  
sus últimos años, basta recordar aquel  
sentido de alta intransigencia que he-  
mos oído reletar de no querer Enrique  
V. aceptar la corona de Francia, por  
haberle impuesto como condición acep-  
tar la bandera tricolor. Ciertamente  
que esto, no está en consonancia con  
lo que hace poco leíamos había dicho  
el celebre orador Mr. Berryer, jefe  
del partido legitimista en Francia, en  
un discurso programa pronunciado en  
pleno Parlamento «Si, tal ha sido nues-  
tra convicción. El Gobierno parlamen-  
tario nosotros hemos querido mante-  
nerlo, y queremos defenderlo para el  
presente y para el porvenir. Si, aquí  
no hay legitimistas, orleanistas ó republi-  
canos moderados que combatan ó re-  
chacen ya uno sólo de los grandes  
principios fundamentales de un go-  
bierno representativo regular.  
«Entre nosotros no hay nadie que esté  
en desacuerdo conmigo acerca de  
estos principios: Igualdad ante la ley,  
Libertad de conciencia, etc.»  
El Conde de Chambord, en su céle-  
bre carta de Venecia, 23 Enero 1851,  
aceptando y aplaudiendo, este discurso  
de Berryer, dice: «Soy dichoso, al ver  
que V. ha expuesto tan bien senti-  
mientos que son los míos y que están  
perfectamente de acuerdo con el len-  
guaje y la conducta que he tenido  
siempre. La política de conciliación,  
de unión y de fusión, que V. ha ex-  
puesto con tanta elocuencia, es mi polí-  
tica. Las máximas que V. ha recordado  
en la tribuna, la igualdad ante la ley,  
la libertad de conciencia..., todos  
esos grandes principios de una so-  
ciedad ilustrada y cristiana me son  
tan caros y sagrados, como á V. y  
como á todos los franceses.  
Entre estos documentos que expresan  
su conformidad con el referido progra-  
ma, merecen conocerse las siguientes  
frases del manifiesto del Conde de  
Chambord de 5 de Julio de 1871:  
«Daremos por garantías á estas li-  
bertades públicas, á las cuales todo  
pueblo cristiano tiene derecho, el su-  
fragio universal honradamente aplicado  
el exámen de dos Cámaras, y, restitui-  
éndole su verdadero carácter, vol-  
veremos al movimiento nacional de  
fines del pasado siglo.  
Todos estos datos, revelan la des-  
orientación general de la política tradi-  
cionalista y legitimista francesa, efecto  
del desconocimiento racional y ético,  
por causa de la decadencia de las es-  
cuelas, incluso algunas de las ortodo-  
xas. Toda la perspicacia y la bondad  
del Conde de Chambord y los políticos  
que le rodeaban, alcanzaban á ver  
que las libertades de que nos habla, lo  
mismo que la tolerancia de cultos  
proclamados como derecho, es un  
error, y hoy doctrina reprobada por la  
Iglesia. Como mal inevitable, aunque  
nunca deje de ser un mal y un peligro  
inmenso, cuando las circunstancias lo  
exigen, según la doctrina de los teólo-  
gos, podrán licitamente aceptarse tales  
libertades. Sin duda todos estos erro-  
res políticos, fueron fruto de la falsa y  
errónea educación de la época. Por es-  
to no es de extrañar que Mr. Bonald,  
al recordar que la educación religiosa  
del Conde de Chambord había sido con-  
fiada á los 12 años á Mr. Frasnous  
Obispo de Hercúpolis, galicano y au-  
tor de una obra á favor del galicanismo  
exclamaba: «Degollado Luis XVII, se  
entregó su hijo á Simón, y, asesinado

el Duque de Berri, se confiaba su hijo  
al autor de Los verdaderos principios  
de la Iglesia galicana!»  
Sin duda que tales antecedentes re-  
flejan mucha luz sobre los horizontes  
de la historia política de los pueblos  
latinos.  
J. B.

## Políticas

### Las logias en acción

El Comité Central Masónico de Pa-  
rís ha decretado llevar á cabo dos cam-  
pañas en España.  
Una para impedir á toda costa que  
sea fusilado ninguno de los salvajes  
asesinos de Cullera, mil veces más fe-  
roces que las hienas, y otra para obli-  
gar al señor Canalejas á que reanude  
desde el poder su campaña contra la  
Iglesia.  
La actitud del trust, esa gran cala-  
midad periodística, culpable de todas  
las desdichas y catástrofes de la nación,  
se clarea ya.  
Las logias españolas han recibido  
órdenes y disponen de dinero en abun-  
dancia para continuar la agitación que  
ahora se inicia pudorosamente en los  
periódicos que viven del fondo de los  
reptiles, y que comenzaron antes los  
diputados republicanos que se fueron  
al extranjero, donde se les trata bien y  
espléndidamente, á hacer la indigna  
campaña de difamación.  
Vivamos prevenidos y dispuestos á  
salir al paso de las nuevas ofensas que  
se preparan, para ver si se amansan  
los cuatro botarates, que chillan á fuer-  
za de carne de cura.  
La Mancomunidad en Ma-  
drid  
En la prensa madrileña encontramos  
noticias y juicios respecto del proyecto  
de Mancomunidad Catalana. El presi-  
dente del Consejo le hace el honor de  
incluirlo en un programa de discusión  
parlamentaria el debatirse unas bases,  
ó articulado, no sabemos lo que en de-  
finitiva será, que ha de redactar para  
el régimen local el señor Barroso, mi-  
nistro de la Gobernación. Aparte lo  
oficial, los periódicos ya advierten el  
interés que el asunto tiene, y en un  
diario republicano se llama sobre su  
transcendencia la atención del gobier-  
no en una correspondencia de Barcelo-  
na. «Lo que no puede hacerse, dicese  
en esa carta, es desoir la voz de Cata-  
luña. El proyecto es la aspiración de  
casi toda la región catalana. Si el go-  
bierno lo rechaza, las consecuencias  
serán graves. No menores si lo reduce  
á la nada. El problema catalán adquiri-  
rá el carácter peligroso que tuvo anta-  
ño, en caso de no resolverse esta vital  
cuestión.» Y otras frases semejantes,  
que nosotros reproducimos exclusiva-  
mente para poner de manifiesto un he-  
cho que nos es grato, á saber, la con-  
vicción que aquella prensa tiene acerca  
de la importancia del asunto, y la con-  
vención de no hacer con el problema  
actual lo que con tantos otros se hace  
en Madrid, que es alejarlos cuanto se  
puede de las cuestiones oficiales, gub-  
ernativas ó legislativas, que consti-  
tuyen para los ministros la orden del  
día de las materias que han de ir á las  
Cortes y á la Gaceta.  
¿Qué harán los liberales?  
Ellos no sienten amor á una franca  
descentralización administrativa. Todos  
los gabinetes liberales—es cierto—tie-  
nen la costumbre de proyectar un régi-  
men local; pero una vez presentado y  
discutidos los primeros artículos, se  
abandona porque ha sido sólo presenta-  
do para salir del paso, cumplir alguna  
promesa del discurso de la Corona ó  
tener alguna garantía, aun siendo me-  
ramente nominal, para declarar que el



## GBOSAS

Malos caminos del legitimismo francés.  
Leyendo en la Historia Eclesiástica  
del Excmo. Aguiar la caída de Luis Fe-  
lipe en 24 de Febrero de 1848 y la su-  
bita sed del ciervo es mi sed; y si el su-  
blime Isaias profetizó que beberíamos  
las aguas de las fuentes del Salva-  
dor, ¿por quién sino por tí, oh divina  
Madre? Tú, de cuya plenitud llénanse  
los santos, pues llena eres de gracia,  
calma los afanes de un corazón sedien-  
to; lléname de tu suavísima fragancia  
para que no olvide ni un momento al  
fruto divinísimo que nos diste.  
Y pues en el misterio gloriosísimo de  
tú Concepción Inmaculada te dignaste  
ser invocada como Patrona nuestra,  
ruega por tu España, la patria de nues-  
tros amores, que fué la primera nación  
del mundo en saludarte. Concebida sin  
mancha. Ruega por que de nuevo bri-  
llen en sus horizontes aquellos efluvios  
de fe católica que tanta gloria dieron á  
Dios y tanto esplendor á su Iglesia.  
Y embriéganos á todos con el divino  
olor de la caridad que en tí se ostenta,  
o clemens, o pia, o dulcis Virgo Ma-  
ria!





